

FRANCESC MIRALLES

ESCRITO  
EN LA TIERRA

*Sobre la cocina de los libros de éxito,  
la felicidad y otros secretos de la vida*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com)

**Colección Espiritualidad y Vida interior**

ESCRITO EN LA TIERRA

*Francesc Miralles*

1.ª edición: noviembre de 2024

Maquetación: *Marga Benavides*

Diseño de cubierta: *Enric Jardí*

Gráfico manual p. 273: Carol Bernabeu Bayarri

© 2024, Francesc Miralles

(Reservados todos los derechos)

© 2024, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-1172-193-6

DL B 16229-2024

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

*Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

## I. Vivir, escribir y amar

1. Terminal de salida . . . . .	9
2. Un astronauta en la Tierra . . . . .	11
3. La primera vez . . . . .	13
4. La gata Mika y los años de subsistencia . . . . .	16
5. El haiku . . . . .	19
6. La pobreza feliz . . . . .	22
7. Otro callejón sin salida . . . . .	24
8. Los soñadores . . . . .	26
9. Cuando casi fui funcionario en Bruselas . . . . .	30
10. Ilusión y caída . . . . .	32
11. Lo contrario es lo conveniente . . . . .	34
12. La venta japonesa . . . . .	36
13. Si tienes un talento, regálalo (al principio) . . . . .	41
14. La mala educación . . . . .	45
15. Soledad, gatos y amor . . . . .	48
16. El hombre de los cien nombres . . . . .	51
17. Si no lo intentas, nunca lo sabrás . . . . .	53
18. Samuel y el amor a las pequeñas cosas . . . . .	56
19. El <i>sherpa</i> literario . . . . .	58
20. El <i>coach</i> desconfiado . . . . .	61
21. Cómo ser <i>sherpa</i> literario (aunque sea de ti mismo) . . . . .	64
22. Rock'n'roll . . . . .	67
23. El fenómeno Allan Percy . . . . .	72
24. Himmler en Montserrat . . . . .	76
25. Ultimátum a mí mismo . . . . .	78

26. Las fiestas tristes . . . . .	79
27. Nos hemos quedado sin papá. . . . .	81
28. El último viaje juntos . . . . .	84
29. Los pálidos . . . . .	85
30. El síndrome del vicepresidente. . . . .	88
31. Noches de radio. . . . .	90
32. La entrada en el túnel . . . . .	93
33. El tío María. . . . .	96
34. La travesía del desierto. . . . .	98
35. Llega un caballero negro . . . . .	101
36. Regalos de amigos . . . . .	103
37. Héctor García . . . . .	105
38. Viaje a Ōgimi . . . . .	107
39. En compañía de ángeles. . . . .	109
40. La extraña fiesta. . . . .	111
41. El reto romántico. . . . .	113
42. Insomnio del bueno. . . . .	116
43. La locura de <i>Ikigai</i> . . . . .	119
44. ¿Cuál es tu deseo? . . . . .	122
45. ¿Qué es el éxito? . . . . .	125

## II. Apuntes sobre la vida

1. Ámalo, cámbialo o déjalo . . . . .	129
2. Lo que necesitamos hacer . . . . .	131
3. Dos leyes a tener en cuenta . . . . .	132
4. «Todavía no» es distinto de «no» . . . . .	133
5. Agobio en las redes . . . . .	136
6. Escritor prolífico . . . . .	138
7. 4 Ingredientes para éxito literario. . . . .	139
8. La magia del Wu Wei. . . . .	140
9. Almas gemelas . . . . .	142
10. Autores palizas. . . . .	144
11. El cuello de botella . . . . .	146
12. Un rayo de esperanza. . . . .	148

13. Decálogo para no ser un autor pesado . . . . .	150
14. Ser, hacer y tener . . . . .	153
15. Dos historias rumanas . . . . .	155
16. Morir en el escenario . . . . .	158
17. Cartas de los lectores . . . . .	161
18. Repetición es felicidad:	
el hombre de los champis . . . . .	164
19. Si algo no existe, créalo . . . . .	166
20. Contra lo esotérico . . . . .	168
21. Dos hombres que caminan . . . . .	170
22. La feria de Frankfurt . . . . .	171
23. Enfadarse en silencio ( <i>This silence kills</i> ) . . . . .	173
24. El éxito es droga dura — <i>Andrew Ridgeley</i> :	
<i>¿Y qué fue de la otra mitad de Wham!?</i> . . . . .	175
25. Las lecciones del gato Martínez . . . . .	177
26. La buena acción de la semana . . . . .	179
27. Eric Bocanegra . . . . .	181
28. Saber callarse . . . . .	184
29. Los cadáveres de un escritor . . . . .	186
30. Principios de la república de Užupis . . . . .	190
31. Hacer y callar . . . . .	192
32. El perro de Thor . . . . .	194
33. La estación más triste del mundo . . . . .	196
34. El mal periodista . . . . .	199
35. Un hombre en el camino . . . . .	202
36. Los hechos extraños nunca vienen solos . . . . .	205
37. La distancia entre los sueños y la realidad . . . . .	208
38. Una libreta de cactus . . . . .	210
39. La rigidez de los elfos . . . . .	213
40. Las tres sillas de Thoreau . . . . .	216
41. Porsche, el empresario y su madre . . . . .	220
42. ¿Qué quieres ser mañana? . . . . .	223
43. El otro Francesc Miralles . . . . .	225
44. Semáforos rojos, semáforos verdes . . . . .	227

45. El pastor sin vacas . . . . .	229
46. Autores primerizos. . . . .	230
47. Haz lo que no sabes. . . . .	232
48. El arte de no enfadarse. . . . .	236
49. Las cinco vidas de Peter Yang. . . . .	239
50. El péndulo. . . . .	241
51. El silencio (una especie en vías de extinción) . . . . .	243
52. El gran antídoto del miedo es el amor . . . . .	245
53. Ayuda del más allá. . . . .	247
54. La voz del amor . . . . .	249
55. Llegar al final del día . . . . .	251
56. La luz de los corazones rotos . . . . .	253
57. Un café con alma. . . . .	256
58. Conversaciones telefónicas. . . . .	259
59. El Megxperimento. . . . .	262
60. Bajar la montaña juntos. . . . .	265
61. Esa increíble cita conmigo mismo . . . . .	268
62. La vida en tres palabras . . . . .	272
63. Los cinturones de una meta . . . . .	274
64. Mi guerra contra una mosca . . . . .	276
65. La atención . . . . .	278
66. Rituales frikis. . . . .	281
67. La fortuna no es cuestión de suerte . . . . .	284
68. La magia es lo único real . . . . .	286
69. Instrucciones para cumplir un sueño . . . . .	288
70. Mente de despedida. . . . .	291

### **III. El cuaderno naranja**

*–Diario de un retiro espiritual– (junio de 1998)*

Nota preliminar . . . . .	295
---------------------------	-----

Agradecimientos . . . . .	377
---------------------------	-----

*«No importa lo aislado que estés  
y lo solo que te sientas.  
Si haces tu trabajo  
de forma verdadera y consciente,  
amigos desconocidos vendrán en tu busca».*

CARL GUSTAV JUNG

*«Lo mejor que uno puede hacer cuando llueve  
es dejar que llueva».*

HENRY WADSWORTH LONGFELLOW

I

VIVIR, ESCRIBIR  
Y AMAR



# TERMINAL DE SALIDA

Te doy la bienvenida y gracias por estar aquí.

Mientras nace la primera página de este libro, siento que se abre un abismo bajo mis pies. Entre otras cosas, porque voy a contar mi vida desde que escribí mi primera novela hasta la actualidad. Con eso completo –por ahora– el proyecto que empecé con *Los lobos cambian el río*, aunque ambas obras se pueden leer de forma independiente.

El volumen que tienes en tus manos contiene, de hecho, tres libros. En el primero contaré, sin extenderme demasiado, todo lo que he aprendido de los libros y del arte de escribirlos. Hablaré de la cocina de los *best sellers*, de las ideas que triunfan misteriosamente y de las que pasan desapercibidas.

Como no todo el mundo quiere ser editor o escritor, todo eso nos servirá para hablar de los secretos de la felicidad.

A diferencia de mi primer escrito biográfico, del que *20 preguntas existenciales* es un puente que nos lleva a este, me detendré poco en mi vida sentimental. Sí relataré algunos eventos personales que son necesarios para entender el cuarto de siglo que voy a comprimir en este volumen, espero que de manera entretenida e inspiradora.

No es mi andadura lo que interesa, sino lo que sirva de ella para aprender el arte de vivir.

Tras esta primera parte más cronológica y literaria, en *Apuntes sobre la vida* he seleccionado las mejores anécdotas y reflexiones de mi blog semanal, *Monday News*, aunque sólo algunos lunes logro subir material nuevo. Es una miscelánea de vivencias y filosofías cotidianas que espero que te hagan sonreír y que te sirvan para tu propio viaje vital.

En tercer lugar, encontrarás una sorpresa que, hasta hace pocas semanas, ni yo mismo imaginaba que entraría en este libro.

Katinka Rosés, madre de mi hijo y amiga del alma, me hizo llegar tres cuadernos de viaje que hacía más de veinte años que no veía. Dos eran muy breves, pero el que recoge mi primer retiro budista en un monasterio de la Alpujarra es un libro completo en sí, ya que tiene 138 páginas.

Dado que lo escribí en apenas diez días, es la prueba de que tenía mucho tiempo –cuento lo que viví y cómo lo viví casi a tiempo real– y que soy un pésimo meditador. Las peripecias que se narran me han recordado a *El espejo vacío*, de Janwillem van de Wetering, o a la película *Sabiduría garantizada*, de mi admirada Doris Dörrie.

Tras releerlo, me di cuenta de que este manuscrito en una gruesa libreta de tapas naranjas es un libro en toda regla; uno de mis mejores, de hecho. Y está escrito con tanta precisión –regalos del aburrimiento– que la versión que vas a leer apenas tiene algún retoque. Esta obra inédita y vivencial ha escapado de una bolsa, donde dormía desde finales del siglo pasado, para completar *Escrito en la Tierra*.

Es un placer para mí que hagamos juntos este viaje. Sin más preámbulos –bueno, queda uno más–, vamos a empezar.

## UN ASTRONAUTA EN LA TIERRA

Éste era el título que yo quería poner al principio, porque siempre me he sentido un bicho raro, como el *Space Oddity* del que habla David Bowie en su canción. Si estas memorias han llegado a tus manos, es posible que también te hayas sentido así.

No encajar se vive como un drama en la adolescencia y la primera juventud, cuando necesitas el calor y seguridad del círculo. Tratando de agradar, uno llega a convertirse en esclavo de los demás y sufre cada vez que no recibe la validación necesaria.

Por suerte, éste es un sarampión que se cura con la edad. Llega un momento en el que comprendes que no puedes ni debes gustar a todo el mundo. Madurar es aceptar que algunas personas te amarán y otras te ignorarán o te aborrecerán incluso.

Asumir esto es liberador, como afirman los filósofos Ichiro Kishimi y Fumitake Koga en su recomendable *Atrévete a no gustar*. El hermano de mi mejor amigo, JR, iba más lejos aún. Tras llegar los tres a una fiesta de gente realmente antipática, nos dijo: «*Yo aquí quiero quedar mal*».

A la hora de encargar la cubierta a Enric Jardí, un diseñador al que admiro profundamente, pensé que sería más divertido que en la portada se me viera en mi escritorio lleno de desorden con el casco de astronauta, navegando entre mundos imposibles. Para evitar el efecto vaca-vaca, el título cambió a *Escrito en la Tierra*.

Sin duda, se habrá usado antes para muchas otras cosas, pero, como decía Jaume Rosselló, mi maestro en el mundo editorial, «¿Cuántos libros hay que se llaman *El budismo?*».

Para singularizarlo está, además el subtítulo, así que este libro que contiene tres obras se llama: *Escrito en la Tierra: Sobre la cocina de los libros de éxito, la felicidad y otros secretos de la vida*.

La portada es muy diferente a la de *Los lobos cambian el río*, tan sobria y conceptual. De hecho, cuando se la mostré a mi amiga Xenia Vives y le dije lo que había pagado por ella, se partió de la risa, mientras gritaba: «¿Te han cobrado eso por cuatro piedras?».

A mí me gustan mucho las dos, porque además se trata de dos libros muy diferentes. El primero narra un cúmulo de calamidades, además de hablar de los maestros inesperados de la vida. Este aborda todo lo demás, cualquier cosa que eso pueda significar.

En esta primera parte voy a compartir muchas experiencias y visiones, y puede que hayas oído ya algunos chascarrillos en mis charlas y entrevistas. Si detectas una de esas anécdotas, estimado lector, te recomiendo que saltes al siguiente capítulo. No pierdas el tiempo con cosas que ya conoces.

En todo caso, estoy seguro de que aquí hay algo para ti. Puedo sentir tu aliento a unos 25 centímetros de la hoja, que según dicen es la distancia media del lector.

Gracias, de nuevo, por venir. Nos espera un viaje hacia finales del siglo xx que empieza en un aeropuerto de la India, con el olor a incienso mezclado con el de basura quemada.

Veamos qué pasó.

### 3

## LA PRIMERA VEZ

La India siempre ha sido una vía de escape para los occidentales en crisis. Quizás hoy lo sea un poco menos, porque el Bombay que yo conocí en aquel primer viaje a Asia era un tremendo caos. Los elefantes y las vacas circulaban o bloqueaban el tráfico, mientras grupos de cerdos campaban a sus anchas frente a edificios públicos.

Desde el *boom* de *Ikigai*, que ha sido tres años n.º 1 en ventas en la India, he regresado a menudo al país. El Bombay actual es un nido de autopistas flanqueadas de edificios modernos y una contaminación que apenas permite respirar.

La India que yo encontré a las puertas del año 2000 era todavía lo que el viajero imagina en una aventura. Con Katinka, mi pareja, recorrimos el país más de un mes en vagones de tren de tercera clase, descansando nuestros huesos en pensiones llenas de ratas y cucarachas. También conocimos al misionero Vicente Ferrer, que atendía en Anantapur a un millón de pobres.



En la mayoría de lugares, antes de las nueve la gente se iba a dormir y quedaba todo cerrado. Tampoco había Netflix ni Internet por móvil en aquella época, por lo que cada noche dedicaba unas tres horas a escribir. Lo hacía con bolígrafo en una libreta que había comprado en un puesto de la calle.

Al terminar aquel primer periplo, en el que perdimos ocho kilos cada uno, regresé a Barcelona con esa libreta que contenía mi primera novela escrita a mano hasta el final. Sorprendido ante mi propia hazaña, la pasé pacientemente al ordenador y, con la inconsciencia del principiante, la envié a un importante premio de novela infantil en catalán.

Hecho esto, me olvidé de aquel mundo lejano y volví a mi trabajo de *freelance* como traductor, entre otras cosas, tras haber renunciado a mi empleo como editor.

Meses después se falló el premio y leí en la prensa el nombre del ganador. Lógicamente no era yo. Unos días después, sin embargo, me llamó la editora del sello que organizaba el premio y me dijo:

*—La verdad es que el catalán que escribes no acaba de ser correcto, pero al jurado le gustó mucho tu novela y recomienda su publicación. ¿Estás dispuesto a entrar en el juego de las correcciones?*

Dije que sí dando saltos de alegría y me puse manos a la obra. Adriana, una amiga filóloga, revisó el texto —yo había sido escolarizado en castellano y muchas cosas no sabía cómo se escribían— y pulí un poco más el estilo. Cuando lo tuve listo, lo llevé a la editorial y, sintiendo que mis pies no tocaban el suelo, firmé mi primer contrato como novelista.

Creo que recibí unos 600 euros de los que me sentí tremendamente orgulloso.

Medio año después, me dieron el primer ejemplar impreso. Jamás olvidaré la mañana que, estando en un café, abrí por fin el sobre. Contemplé asombrado la portada y las ilustraciones de interior que nadie me había mostrado en el proceso de edición.

Una semana más tarde me llegó la primera caja de libros, que repartí entre mis amigos, que parecían más felices que yo.

Uno de ellos, que dirigía una fábrica de colorantes para plástico, convenció a todos los obreros que tenían hijos de que compraran mi libro. Luego se acercó a mi casa para que le firmara medio centenar de ejemplares, cada uno dedicado al niño que iba a leerlo.

En esos modestos inicios recibí un cariño y amistad que nunca después he vuelto a encontrar.

Años después, cuando eres visto como un autor de éxito –aunque yo nunca me he considerado así– desapareces como persona. Nadie recomendará tu libro a los trabajadores de una fábrica, ni saldrá contigo a celebrar que has conseguido esto o aquello. Los viejos amigos creen que las cosas te van más que bien y que no necesitas ayuda. Piensan que estás demasiado ocupado para hacer «cosas normales», por lo que dejan de llamarte para ver partidos de fútbol.

Así es como vas desapareciendo humanamente y te conviertes en alguien que hace cosas y que consigue cosas. Atiendes mensajes de personas que te piden trabajo o una recomendación, de autores debutantes que te hacen consultas (intento contestar siempre que puedo); te llegan propuestas, invitaciones, quejas porque vas tarde con alguna entrega...

Pero no nos desviemos de aquel 2001 en el que sentí que mi modesta carrera literaria arrancaba por fin.

## LA GATA MIKA Y LOS AÑOS DE SUBSISTENCIA

Por aquel tiempo, y durante quince años, viviría en la calle Tagament n.º 5 junto a Mika. Nunca he estado tan apegado a ningún animal como a esa gata atigrada de pelo largo que encontré en un viaje por Francia.

Bajábamos en coche desde Münster, con mi novia alemana y algunos amigos de allí, en dirección a un camping de la Costa Brava. En una de las últimas paradas antes de dejar Francia, en una estación de servicio un hombre de la limpieza sacó de la basura dos bebés de gato. Algún desgraciado los había arrojado allí.

Yo me quedé con la gata atigrada y la hermana de mi novia adoptó una gata de pelaje gris casi azul que se llamaría Magic.

Fue todo un reto viajar y dormir en tiendas de camping con las dos gatitas, pero logré llegar a Barcelona con Mika dentro de mi mochila. Yo acababa de regresar de mi estancia en Alemania y estaba buscando piso, por lo que me quedé una semana con mis padres.

Como mi madre era modista, cada vez que cogía la aguja para hilar una tela, la gata tiraba del otro lado del hilo, lo cual complicaba mucho su tarea. La buena mujer suspiró aliviada el día que nos marchamos, primero a un piso minúsculo de la calle Banys Vells y luego a Tagament.

En este último piso viviría primero con Christiane y, durante más de diez años, con Katinka, con quien acabaría teniendo un hijo. Mucho antes de eso, sin embargo, nuestra vida era una lucha constante por la subsistencia, siempre al límite.

Antes de introducirme en el mundo editorial, al que volveremos en breve, durante varios años viví de dar clases de alemán, principalmente.



Después de unos cursos deliciosos en Hibernia, una escuela irlandesa del Maresme donde fui tratado por sus dueños como un hermano, los tumbos de la vida laboral me llevaron a una escuela de azafatas, el peor empleo que he tenido.

No hacía demasiadas horas en ninguno de esos centros, así que me tenía que buscar clases particulares para juntar un mínimo sueldo. Para ello colgaba regularmente anuncios en panaderías, y la respuesta solía ser bastante buena, porque no hay tantos profesores de alemán.

El alumno más raro que llegué a tener, sin duda, fue uno que me llamó para pedir clases de conversación por teléfono. «*Nunca me verás*», me advirtió, «*pero te ingresaré puntualmente el precio de las clases en tu cuenta. ¿Te parece bien que te llame cada mañana de 7h a 8h?*».

Así fue como, durante tres meses, tuve que levantarme cada día a las 06:45 para dar palique a mi alumno fantasma. Me contaba que, después de las clases, limpiaba una fábrica mientras escuchaba CDs con lecciones de alemán.

Muerto de sueño, hablaba con él sobre su trabajo y sobre viajes. Mi misterioso interlocutor había estado el verano anterior en una isla griega que a mí me gustaba mucho, así que le pregunté qué le había parecido.



—*No vi nada* —dijo—. *Estaba siempre en el agua.*

En una de mis campañas para captar nuevos alumnos, tras colgar medio centenar de anuncios, nadie llamó. O como mínimo ya no dejaban mensajes en el contestador, puesto que yo me pasaba el día fuera de casa.

Cada tarde al volver, totalmente reventado, me encontraba con que nadie había solicitado información, lo cual era inusual. Empezaba a preocuparme.

Transcurrió una semana así y me dije que aquello era un misterio.

Este se resolvió una mañana que me encontré a un amigo por la calle y me preguntó:

—*¿Por qué cuando llamo a tu casa me contesta un puto gato?*

Sorprendido, hice la prueba de llamar a mi propio teléfono desde una cabina (en aquella época casi nadie tenía móvil) y, después de tres llamadas, oí el maullido quejumbroso de mi gata Mika. Luego la señal para que dejara el mensaje. Colgué.

Al llegar a casa, encontré a la gata ronroneando sobre el contestador, una máquina antigua (iba con microcasetes) que siempre estaba caliente. Era invierno y el animal lo usaba como estufa. De repente entendí lo que había sucedido.

Una de las mañanas que se había apalancado sobre el aparato, había activado por azar el botón de grabar nuevo mensaje de saludo. Tras el pitido, la gata se había asustado, reaccionando con un maullido entrecortado. Eso era lo que había quedado grabado en el contestador y lo que oían los futuribles alumnos al llamar. Misterio resuelto. Nadie se había atrevido a pedir información a un gato.

## EL HAIKU

Tras mi paso por el sello de autoayuda y el viaje a la India, las clases de alemán habían quedado sustituidas por tareas editoriales. De vuelta a la vida del *freelance*, trataba de subsistir con traducciones y encargos muy esporádicos, mientras mi pareja daba algunas clases de alemán.

De vez en cuando visitaba alguna escuela donde leían *Perdido en Bombay*, y me hicieron un par de entrevistas en radios locales, pero pasaba la semana trabajando de sol a sol en unos trabajos que no me daban para vivir.

Para empeorar aún más la situación, dediqué muchos meses a escribir mi primera novela juvenil. Me presentaría a un concurso en el que sabía que no tenía posibilidades, el Gran Angular en catalán. Me faltaba oficio y los libros que ganaban premios siempre se ocupaban de problemas sociales.

Inspirado por mis amores platónicos, de los que hablé sobradamente en *Los lobos cambian el río*, me propuse escribir una historia muy sencilla: el primer enamoramiento de un chico tímido y acomplejado en un instituto público.

¿A quién podía interesar esa vida de mierda que, sin misterio alguno, se parecía a la mía de adolescente?

Eso sí, había encontrado un título bonito: *Un haiku para Alicia*.

Para acabar de complicar las cosas, yo en aquella época estaba convencido de que no podía escribirse nada bueno sin una primera versión a mano en una libreta bien gruesa, y con estilográfica. En algún lugar había leído a un editor decir que él podía detectar aquellos libros escritos directamente en ordenador, como si estuvieran apestados.

Cargado de manías, cada día me sentaba de 13:30 a 16:00 en la mesa de la cocina a escribir y reescribir con mi pluma. En muchos párrafos me costaba comprender mi propia letra. Luego habría que

pasar todo eso al ordenador y repararlo de nuevo. Es decir, que la redacción requeriría el doble o triple de tiempo que si la hubiera hecho directamente en ordenador.

Con todo, logré mantener la mentalidad de maratoniano hasta el final. El *deadline* era el 12 de septiembre de aquel 2001, cuando habría que llevar a la editorial cinco copias encuadernadas del manuscrito.

En mi audiolibro *Click*, donde explico los momentos en los que das un salto cuántico en tu existencia, explico así aquel proceso:

*Mi amigo Gabriel García de Oro, experto en storytelling, siempre dice en sus cursos que el principal músculo del escritor no es el cerebro, sino el culo.*

*Yo había decidido sentarme a escribir todos los días esas dos horas y media, aunque no lograra avanzar. Y, de hecho, muchas veces asistía a la lucha entre mi cuerpo y mi mente. El cuerpo quería largarse a otra parte, no estaba «metido» en la novela, pero la mente lo obligaba a permanecer ahí, aunque fuera para releer páginas anteriores y tomar notas de cara a futuros capítulos.*

*Y entonces sucedía la magia. Había un momento en el que vencía la resistencia de la que hablábamos antes, cosa que podía suceder tras media hora o más de lucha. Entonces me sumergía en el texto y fluía en él, me dejaba arrastrar.*

*En ese estado de flow el tiempo deja de existir, así que a veces la escritura se alargaba mucho más allá de las cuatro, sin que me diera cuenta.*

Tras el tremendo engorro que supuso pasar todo aquello al ordenador, dos horas antes de que venciera el plazo de entrega aún no sabía cómo terminar la novela. Había estado toda la noche tecleando, pero a las siete de la mañana aún me faltaba darle el cierre.

Conmocionado por el ataque a las torres gemelas, que había visto la tarde antes por televisión, estuve tentado de acabar la historia

de amor con el torturado Genís Gràcia viendo esa escena. Sería como si el mundo entero se viniera abajo mientras él sufre por Alicia. Afortunadamente, opté por un cierre mucho más sencillo y natural.

Hecho esto, imprimí una copia y fui a duplicar y encuadernar cinco ejemplares a un Workcenter de la avenida Diagonal. Tras entregarlos, me olvidé totalmente del asunto.